

## EXEGESIS

por

EDUARDO CASANOVA

LOS hallazgos realizados en la provincia de Santiago del Estero por los señores Emilio y Duncan Wagner, dados a conocer en numerosas conferencias, artículos de diarios o revistas, y por último en el primer tomo de su obra titulada "La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", despertaron desde el primer momento un gran interés en los círculos científicos de nuestro país, que aplaudiendo el meritorio esfuerzo llevado a cabo por los descubridores, guardaron una actitud de discreta reserva con respecto a las conclusiones. Más tarde, una gran parte de nuestros hombres de estudio rechazaron resueltamente muchos de los puntos de vista sostenidos por los hermanos Wagner, y llegaron a resultados completamente distintos, originándose una polémica que aún perdura.

Personalmente no he tomado parte en la discusión del problema, aunque lo he seguido muy de cerca, y como Jefe de la Sección de Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales tuve oportunidad de establecer cordiales relaciones con el extinto Vicedirector del Museo Arqueológico de Santiago del Estero, señor Duncan Wagner, manteniendo largas conversaciones sobre estos temas en las ocasiones en que visitaba nuestro Museo en busca de piezas arqueológicas, investigación que facilité por todos los medios a mi alcance, como gentilmente lo recuerda en la "Advertencia" de la mencionada obra.

Mi abstención era motivada por el deseo de efectuar trabajos en el terreno, ya que los datos publicados al respecto me parecen insuficientes. Como es natural, muchos de los problemas planteados no requieren como

condición ineludible la investigación en los yacimientos, pero alentaba la esperanza de poder hacerla, y me hubiera gustado abordar el problema en todos sus aspectos, y con la mayor suma de conocimientos posibles. La iniciativa de la Sociedad Argentina de Antropología, muy oportuna por otra parte, me obliga a salir de mi posición y, basado en los elementos de que puedo disponer, expreso mi opinión.

En primer lugar, es necesario considerar las fuentes con que se cuenta para estudiar tan discutido asunto. Hasta el momento de efectuarse esta Semana de Antropología dedicada a Santiago del Estero, la casi totalidad de los datos conocidos eran debidos a los hermanos Wagner, y el resto a observaciones formuladas por quienes han trabajado en el terreno, como los señores Jorge Argañarás y George von Hauenschild, o a los estudiosos que han realizado breves recorridas por los yacimientos y han hecho empeñosa tarea de gabinete para aclarar ciertos enigmas. Con estos antecedentes, y con el resultado de sus propias investigaciones, especialistas de nuestra Sociedad han presentado, en las sesiones anteriores, cada uno su informe, cuyas conclusiones en las distintas materias forman un conjunto de alto valor científico.

No es mi deseo efectuar un minucioso análisis del valor de cada fuente, pero quiero formular ciertas observaciones sobre la principal, es decir, el primer tomo de "La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo". No trato con ello de llevar a cabo una crítica que disminuya los valores de los señores Wagner y el gran mérito del descubrimiento, que nos ha revelado toda una civilización desconocida; al presentar mis objeciones, lo hago con la esperanza de que ello sirva para que en el segundo tomo de la obra sean evitados algunos defectos.

En las primeras noticias dadas por los señores Wagner había notado que la parte descriptiva de los yacimientos era exigua, y como ella debía servir de sólida base para el verdadero conocimiento de la arqueología santiagueña, y nadie sino sus descubridores estaban en condiciones de proporcionar datos concretos, esperaba ansioso la publicación de su obra capital para dilucidar este punto. Cuando se trata de zonas ya muy explotadas es conveniente pasar por alto los detalles y limitarse a un ejemplo típico o a generalidades que abarquen los rasgos comunes más salientes,

pero cuando se va a presentar al mundo estudioso una región que hasta ese momento era *terra incognita*, es ineludible deber, aún a riesgo de resultar pesado o de incurrir en repeticiones, prestar especial atención, y hacer conocer con toda minuciosidad, las condiciones de hallazgo, la forma en que aparecen asociadas las piezas, y la posición geográfica de los lugares explotados, para fijar así los límites alcanzados y establecer la densidad y calidad de los yacimientos. Encuentro que el tomo publicado no es satisfactorio a este respecto, a pesar de que por ser el primero es allí donde estos asuntos debieron ser considerados a fondo. No hay un mapa de la provincia de Santiago del Estero con la ubicación de los yacimientos, y el capítulo dedicado al punto que nos interesa, que es el titulado "Los túmulos precolombianos de Santiago del Estero", se ocupa principalmente, y sin profundizar demasiado el tema, de las típicas prominencias, considerando: "sin lugar a dudas, que se trata de montículos artificiales elevados por la mano del hombre"<sup>1</sup>; los datos sobre los hallazgos se reducen a un croquis del profesor Hauenschild y a unos pocos párrafos aislados. Faltan por completo siquiera fuera ejemplos de inventarios generales por yacimiento y parciales por túmulo, así como referencias a la asociación de materiales y hallazgos típicos.

Un ejemplo del peligro de generalizar lo proporciona la afirmación de los autores de que todos los túmulos fueron construidos por los indígenas. El Dr. Frenguelli, en el estudio que ha leído en estas sesiones, ha declarado, por el contrario, que todos los montículos que ha podido revisar personalmente en la zona de la Mesopotamia Santiagueña son resultado de las fuerzas eólicas. El señor Emilio Wagner, en la comunicación que ha enviado a esta Semana de Antropología, admite que, efectivamente, a veces, fueron aprovechadas las lomadas o montículos de aportes fluviales<sup>2</sup>.

Otra observación que debe hacerse es la referente a la forma en que las piezas arqueológicas han sido representadas. Sólo se ha empleado el

(<sup>1</sup>) EMLIO R. WAGNER y DUNCAN I. WAGNER, *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*, t. I, pág. 24. Buenos Aires, 1934.

(<sup>2</sup>) En un reciente viaje a Santiago del Estero he tenido oportunidad de observar algunos túmulos, y aceptando las conclusiones del Dr. Frenguelli en lo que respecta a los montículos por él visitados, creo que existen también otros en cuya formación ha intervenido la mano del hombre.

dibujo, desdeñándose completamente la fotografía directa de la pieza, que es siempre garantía de absoluta fidelidad. El ideal hubiera sido dar en cada caso la fotografía y el dibujo, pero como esto hubiera resultado muy costoso, pudo haberse fotografiado el material que se prestaba para ello y dibujarse el resto. Igualmente, el lector que contempla las acuarelas o dibujos a tinta china, cuyas reproducciones forman las hermosas láminas en color y en negro de la obra, queda asombrado por lo completo de muchos de los objetos y el brillo de su colorido, suponiendo que revelan el estado actual de los vasos. Esto no es exacto, tratándose, a menudo, de reconstrucciones que, según dicen los autores en su "Advertencia", fueron ejecutadas con fiel minuciosidad en base a piezas enteras y a las que han conservado la nitidez de sus colores. Sin poner en duda la sinceridad de los señores Wagner y su esfuerzo para ceñirse a la realidad, hubiera sido mucho más ilustrativo y convincente el presentar las piezas tal como son, y, si se deseaba agregar la parte reconstruida, hacerlo en línea de puntos o en otro tono de color<sup>1</sup>.

Por otra parte, toda esta reconstrucción de la forma y decoración de los vasos la basan los autores en el carácter esencialmente simétrico del arte de la civilización chacosantiagueña; en general, ello es admisible, pero no siempre puede afirmarse que la reconstrucción de una pieza sea exacta, cuando para este trabajo sólo se ha contado con unos pedazos.

Más todavía, de completa buena fe, pero arrastrado inconscientemente por su postulado de la perfección del trabajo indígena, el señor Duncan Wagner ha incurrido en errores al describir ciertas piezas o al dibujarlas, presentando los ejemplares como más perfectos de lo que son en verdad. Como ejemplo voy a referirme a dos urnas que integran las colecciones a mi cargo en el Museo Argentino de Ciencias Naturales; una de ellas es la que he traído para que todos los presentes puedan juzgar (lám. 1 a), comparándola con el dibujo de Wagner (lám. 1 b), y la otra, demasiado grande para ser trasladada, se encuentra en exhibición en las salas del

(<sup>1</sup>) Estando ya escrito este artículo, he visitado el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, siendo cordialmente atendido por su Director, y en las conversaciones sostenidas le hice esta sugestión. El señor Emilio Wagner me dijo que había usado este método en la reconstrucción de algunas piezas, mostrándome una urna, en la cual la parte reconstruida y su decoración aparecían en tonos más claros que los de la parte original. Mucho ganaría el segundo tomo de la obra si se aplicara ese criterio a las ilustraciones.

citado Museo, pero su fotografía (lám. 2 a) es bastante explícita al ser proyectada al lado del dibujo de Wagner (lám. 2 b).

La pieza aquí presente aparece en la obra que nos ocupa en la figura 683, con el siguiente texto: "Urna funeraria cubierta de un "engobe" ocre rojo oscuro, cuidadosamente lustrada y decorada de dos jaguares en relieve que parecen forcejar por emerger de debajo del cuello de la urna. Mesopotamia Santiagueña. Museo Argentino de Ciencias Naturales". Basta observar el ejemplar para darse cuenta de que su superficie rugosa y tosea no permite lustre alguno, y que el "engobe" se reduce a unos manchones de pintura roja que alternan con zonas negruzcas que indican defectos de cocción; pueden también verse algunos detalles de los jaguares, en que no concuerda el dibujo con el original.

El dibujo en que se reproduce la extraordinaria urna Santamariana que se da en la figura 230, tampoco es completamente exacto. Comparándolo con la fotografía de la pieza resaltan las diferencias, las formas han sido idealizadas, adquiriendo un contorno más puro y elegante, como puede advertirse especialmente en la base y en los bordes, sin hablar de los modelados zoomorfos y del asa, que ha sido totalmente cambiada. El aspecto exterior tampoco es parecido; el original, apenas alisado, contrasta con el pulido que representa el dibujo, y la decoración, manteniendo sus líneas generales, no deja de mostrar un retoque que tiende a dar una idea de mayor perfección técnica y de firmeza en el trazado de la ornamentación. Las ilustraciones son suficientemente claras para insistir en detalles; sólo agregaré que variantes semejantes podrían señalarse en otras piezas de las que aparecen en la obra.

Las apreciaciones que acabo de formular sirven, también, para demostrar que los datos con que se cuenta para abordar el estudio de los problemas que presenta la civilización chacosantiagueña no son todo lo completos y exactos que fuera de desear y que, por lo tanto, nuevas investigaciones pueden modificar, siquiera sea parcialmente, las conclusiones que hoy se sientan a base de los conocimientos actuales.

La ubicación de esta civilización, dentro del panorama arqueológico conocido antes de su descubrimiento, no es difícil. Viene a completar el cuadro de la región andina, a cuya cultura pertenece, sin ninguna duda, aun cuando puedan notarse algunos elementos de origen amazónico. No

corresponde a un trabajo de esta índole señalar las analogías, sobre todo porque ellas ya han sido puestas en evidencia en estas sesiones por el profesor Aparicio, pero no estará demás decir que si se hiciera un cuadro de las formas de los vasos se vería que coinciden en su mayoría, y lo mismo puede afirmarse de los elementos decorativos que son comunes en la región andina, aun cuando en una civilización se haya dado rango predominante a determinado motivo o existan combinaciones especiales. Ha sido muy comentado el número de piezas suministrado por los yacimientos de Santiago del Estero, haciéndose resaltar que en el Museo Arqueológico existen 32.000 objetos. Esta elevada cantidad de piezas no sería un rasgo distintivo, pues debe recordarse que otra civilización andina, la del Santamariano, ha proporcionado colecciones aún más numerosas; en efecto, sólo el señor Manuel Zavaleta vendió, con destino al Museo Argentino de Ciencias Naturales, tres series, con un total de 14.000 objetos, y envió dos colecciones similares al extranjero; añádase a esto los millares de piezas reunidas por los investigadores oficiales y por los comerciantes de antigüedades, y se tendrá una cifra muy superior a la que representan los hallazgos de Santiago del Estero.

Mucho más difícil de resolver es el problema cronológico, dado que se desconoce la estratigrafía de los yacimientos, y todavía no tenemos firmemente establecida la antigüedad de las áreas limítrofes con las que está estrechamente ligada, tales como "La Candelaria", "Barreales", "Santamariano", etc. El momento en que esta civilización apareció en Santiago del Estero no es posible fijarlo con exactitud, aunque seguramente fué varios siglos antes de la conquista; estaría esto de acuerdo con todo lo que se sabe sobre cronología de las altas culturas andinas y también con la sagaz observación del Dr. Frenguelli sobre la capa que contiene los yacimientos de Santiago del Estero, que es posterior a las capas europeas correspondientes, donde se encuentran ya rastros de industrias del comienzo de la Edad Media. Los argumentos en favor de una antigüedad muy remota son poco convincentes, ya que los profesores Doello Jurado y Bordas han demostrado lo endeble de la prueba paleontológica y no puede adjudicarse valor cronológico a las semejanzas encontradas por los señores Wagner entre los materiales de Santiago del Estero y los de Troya. Tampoco es categórica la falta de tejidos y objetos de madera,

cuya desaparición puede explicarse por las condiciones de los yacimientos. Cabe añadir que en los últimos tiempos se han verificado hallazgos de vasos de alfarería negra con decoración incisa; según los datos que han llegado a mi poder, estos yacimientos, situados a profundidad y estrechamente vinculados a los de "La Candelaria" y "Barreales", serían más antiguos que los que proporciona la alfarería típica de la civilización chacosantiagueña.

Un problema muy interesante es el de si esta cultura alcanzó o no hasta el momento de la conquista española. No puede darse una respuesta definitiva, pero varios indicios sugieren una contestación afirmativa. La leyenda difundida glosando un párrafo de Beuchat, según el cual los habitantes de Santiago del Estero eran "tribus salvajes", no debe mantenerse después de las búsquedas realizadas en probanzas y crónicas, que han proporcionado elementos suficientes para llegar a la conclusión, que ha confirmado el profesor Palavecino en su informe, de que en el tiempo de la conquista era ésta una región muy poblada, de indios vestidos, que cultivaban sus tierras, teniendo graneros bien provistos. En todo el territorio de Santiago del Estero han aparecido, con gran uniformidad, los mismos restos arqueológicos, descritos por los señores Wagner, que pertenecieron a indígenas agricultores, cuya industria de los tejidos alcanzó gran desarrollo, y que poblaron densamente la zona. De no aceptarse que se trata del mismo pueblo, surgiría el absurdo de suponer que los indígenas sedentarios que habitaban Santiago del Estero al tiempo de la llegada de los blancos desaparecieron sin dejar rastro alguno de su existencia. Por los datos que se tienen sobre las luchas entre indígenas, es admisible que en el momento histórico de la conquista estos pueblos de cultura superior estuvieran en crítica situación ante el ataque de tribus salvajes que amenazaban aniquilarlos.

Militan en favor de la contemporaneidad de los últimos representantes de la civilización de Santiago del Estero con los conquistadores españoles, los hallazgos efectuados por el Dr. Jorge Argañarás, de objetos de fabricación europea junto a piezas típicas de la cultura chacosantiagueña y a otras de bronce de origen Diaguita. Probablemente se trata de una reducción en que los españoles reunieron indígenas del lugar con otros traídos de la región andina, de acuerdo a su política de trasladar

pueblos para facilitar la conquista. Por tratarse de un hecho aislado no debe admitírsele como prueba absoluta, pero es muy sugerente, aunque pueda sostenerse la opinión de que los indígenas traídos por los blancos, recogieron los objetos que afloraban en los túmulos y los usaron, siendo luego enterrados con ellos. Son necesarias nuevas investigaciones en los lugares que se sabe estuvieron poblados en el primer momento de la conquista para aclarar definitivamente este punto<sup>1</sup>.

En resumen, la civilización chacosantiagueña pertenece al grupo de las culturas andinas, aunque tiene elementos amazónicos, cosa que se explica fácilmente recordando la posición geográfica de la región. Sus rasgos típicos la hacen acreedora a ser considerada como una de las áreas más interesantes de dicha cultura andina. Cronológicamente está ligada a las zonas vecinas, y nada autoriza a darle una antigüedad muy remota, habiendo fundados indicios de que alcanzó hasta la época de la conquista.

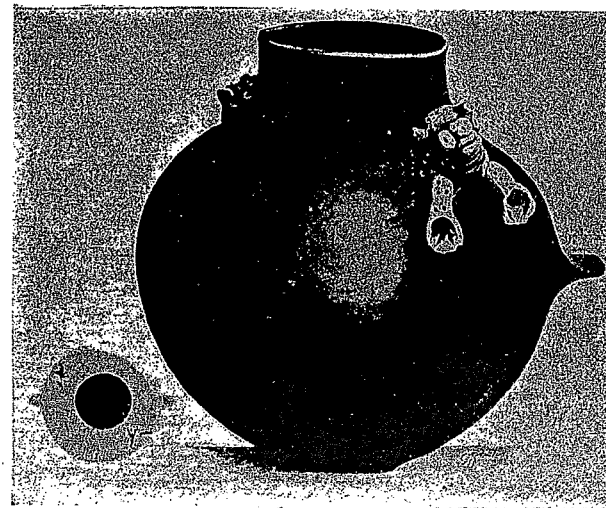
Para terminar, creo que esta Semana, dedicada por nuestra Sociedad a la civilización chacosantiagueña, no será perdida, porque ha servido para establecer un balance efectivo de lo que en realidad se sabe sobre el problema, y ello será base firme para futuros estudios que resuelvan las dudas que aún suscitan ciertos aspectos de tan interesante tema.

(1) En el viaje a Santiago del Estero, a que ya he hecho referencia, el Dr. Argañarás ha tenido la gentileza de llevarme al yacimiento conocido con el nombre de Pozo Verde, en el departamento de Silípica, de donde extrajimos dos caracoles (*Urosalpinx Rushi*), un puco decorado y diez torteros, objetos todos típicos de la civilización chacosantiagueña; una cuenta veneciana, otra más tosca, también de vidrio, y un tortero fabricado en un trozo de loza española; estas piezas integran ahora las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales. No entro en más detalles sobre el hallazgo, por considerar que corresponde al Dr. Argañarás ocuparse detenidamente de este yacimiento, así como de otros similares que tiene ya localizados, y que, según me informó, son: Cheej, en el departamento de San Martín; Manogasta, en el departamento de Silípica; y Puesto de los Torres, en el departamento de Atamisque.



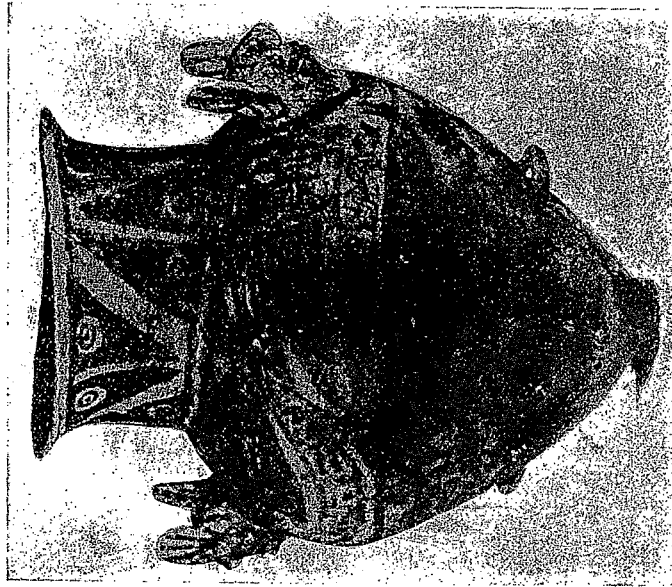
a

Fotografía de una urna santiagueña.



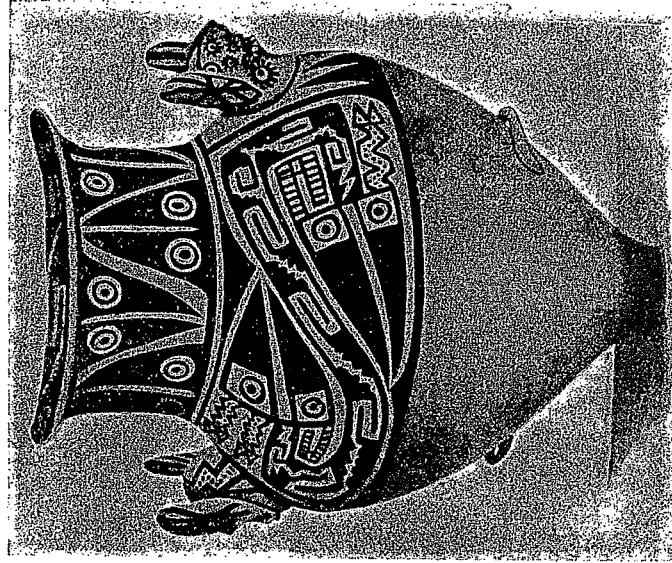
b

Dibujo del Sr. D. Wagner de la misma urna.



*a*

Fotografía de una urna santamariana.



*b*

La misma, según dibujo del Sr. D. Wagner.